

## PAISAJES DEL TRABAJO\*

La investigación contemporánea acerca de la pobreza tiende a adoptar uno de los dos siguientes enfoques. El primero, basado en la economía política, se mueve en función de la implementación de determinadas políticas en consonancia con las últimas recetas del Banco Mundial; pone en marcha un circuito cerrado de referencias recíprocas que rara vez admite opiniones contrapuestas. El segundo, que hunde sus raíces en la antropología, consiste en estudios de aldea, dentro de un micronivel de análisis. Mientras que los análisis cuantitativos –aun cuando están informados por una perspectiva más crítica– dicen muy poco de las personas reales afectadas, los apuntes de campo, en cambio, por regla general no suelen apreciar los determinantes sociales, políticos y, sobre todo, históricos más generales de los contextos en cuyo interior operan sus sujetos. La sociología de Jan Breman destaca por su combinación de informes extremadamente concretos acerca de las condiciones reales en las que viven y trabajan las personas, con análisis de las fuerzas estructurales que configuran sus trayectorias. Aunque es célebre por sus estudios de campo en India, ha escrito también sobre Indonesia, Pakistán y ahora China. Breman es un narrador sin parangón. Sus esmeradas descripciones de vidas individuales captan una totalidad de relaciones humanas en una instancia única: la precariedad de la vida en el fondo de la economía aldeana, los accidentes felices que sacan a uno u otro de la ciénaga de la pobreza, y la efervescencia de una economía informal que inevitablemente hace que todos vuelvan a ella. Estas realidades tienden a desaparecer tras resmas de cifras que muestran un vigoroso crecimiento del PIB e incluso un descenso de la pobreza en India. Como escribe Breman, tales cifras no coinciden con lo que él ha visto con sus propios ojos en Gujarat, uno de los estados más «dinámicos» de India. Su trabajo en los abismos más profundos del país cuenta una historia diferente, en la que persisten enormes desigualdades y privaciones demoledoras.

Nacido en Ámsterdam en 1936 en el seno de una familia trabajadora –su padre era cartero, su madre, trabajadora doméstica; ambos procedían de fa-

---

\* Jan Breman, *The Poverty Regime in Village India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2007, 458 pp.

milias de barqueros–, Breman creció en una sociedad devastada por la Depresión y luego por la Segunda Guerra Mundial. Aunque fue el primero de su familia en ir a la universidad, en un principio se abstuvo de emprender una carrera académica, movido en parte por el miedo a los efectos sobre su conciencia de su propia clase, pero también –hasta que consiguió una beca a finales de los años cincuenta– habida cuenta del coste de los estudios. Las visitas al Instituto Colonial de Ámsterdam cuando era niño le introdujeron a las marionetas *wajang* de Java y al *gamelan*, de tal suerte que, al principio, los estudios de Breman se centraron en el Sudeste asiático: su tesis de licenciatura, finalmente publicada en 1963, trataba sobre la demografía javanesa. Pero las tensas relaciones entre los holandeses y su antigua colonia le impidieron continuar su trabajo de campo en la zona. Holanda se negó a ceder el control de Nueva Guinea occidental en 1949, y en 1958 Indonesia había roto relaciones diplomáticas; a principios de los sesenta el conflicto militar se había convertido en una posibilidad. Breman se reorientó hacia la India, realizando su primer trabajo de campo en el sur de Gujarat en 1962, donde se vio inmediatamente atraído por el «proletariado agrario de origen tribal»: conocidos como *dublas*, fueron renombrados *halpatis* o «gente del arado» por Gandhi, que por su parte era gujarati.

La tesis doctoral basada en esta investigación, con la que obtuvo el doctorado en 1970, fue publicada en inglés en 1974 como *Of Patronage and Exploitation*; luego llegarían otras obras centradas en Gujarat –*Beyond Patronage and Exploitation* (1993), *Wage Hunters and Gatherers* (1994), un estudio acerca de la «formación y descomposición» de la clase obrera industrial de Ahmedabad (2004)– así como volúmenes más generales acerca de la clase trabajadora india, tales como *Footloose Labour* (1996), *The Labouring Poor in India* (2003) y, recientemente, *India's Unfree Workforce* (2009). Asimismo, ha vuelto a temas javaneses, sobre todo en *Good Times and Bad Times in Rural Java* (2002), y en la actualidad ha emprendido investigaciones de la experiencia de los trabajadores migrantes en China.

*The Poverty Regime in Village India* está basado en el trabajo de campo en cuatro aldeas del sur de Gujarat entre 2004 y 2006; un volumen complementario publicado al mismo tiempo, *Labour Bondage in West India: Past and Present*, cubre el periodo colonial y el periodo inmediatamente posterior a la independencia, proporcionando el respaldo histórico del trabajo que Breman ha hecho en la región desde la década de los sesenta. En respuesta a las críticas que afirman que sus estudios de aldea anteriores se centran en los casos excepcionales en lugar de en los ejemplares –y que lo que es cierto en el caso del sur de Gujarat no lo es necesariamente para toda India, y no digamos ya para los dos mil millones de personas que nutren el proletariado informal mundial–, Breman ha modificado en cierto modo la metodología que utilizó en *The Poverty Regime in Village India*, expandiendo su campo de estudio hasta incluir más aldeas, localizadas en diferentes relaciones con los procesos de desruralización e industrialización, y, después de cuarenta años de investigaciones, insistiendo cada vez más en la dimensión «longitudinal». El texto tal vez resul-

te extraño por sus ritmos de autorreferencia: casi todas las citas destacadas proceden de una obra previa del propio Breman, y el investigador aparece remitiéndose a sí mismo en varios periodos; a lo largo de toda la obra encontramos fragmentos de una autobiografía intelectual.

El cuerpo de la obra consiste en cuatro estudios de caso, enmarcados por capítulos de introducción y de conclusión que sitúan los hallazgos de Breman en un contexto político y social más amplio. Numerosísimas fotografías acompañan el texto, ilustrando la vida diaria y el trabajo en las citadas aldeas, y dando cuerpo a nuestra propia impresión de lo que Breman describe. El primer caso de estudio se centra en una pequeña aldea junto al río Ambika, a unos 56 km al sur de Surat —aquí su seudónimo es Gandevigam—, y enlaza con una parte de la obra previa de Breman en *Of Patronage and Exploitation*. Cuando llegó por primera vez al sur de Gujarat, en los años sesenta, allí todavía estaba en vigor un amplio sistema de esclavitud por deudas basado en el sistema de castas, que ataba a los *halpatis* sin tierra a los terratenientes *anavil brahman*. Con frecuencia, los *halpatis* tenían que pedir dinero prestado para pagar las ceremonias de boda. Para saldar esa deuda, los *hali* trabajaban en la granja del señor y su mujer trabajaba en la casa de éste; mientras durara la esclavitud, el *hali* recibía raciones de grano fuera de temporada. Pero la deuda nunca era saldada, sino que servía, en cambio, para garantizar la continuidad de la relación: los propietarios se aseguraban una oferta de trabajo y los campesinos sin tierra recibían una mínima seguridad alimentaria.

En la década de los sesenta, el sistema *halipratha* de esclavitud por deudas estaba desapareciendo y la agricultura en el sur de Gujarat cambiaba rápidamente, con la contractualización y la monetarización de las relaciones sociales, es decir, con la mercantilización del trabajo. Los propios brahmanes, en particular la generación más joven, empezaron a abandonar las aldeas, puesto que ya no querían seguir ensuciándose con la agricultura. Con el desplome del padrinzago, los brahmanes dejaron de sentirse obligados a cultivar productos que precisan un uso intensivo de mano de obra, tales como la caña de azúcar, que proporcionaba trabajo a los campesinos sin tierra. En su lugar, empezaron a plantar frutales, puesto que estos podían ser atendidos y cosechados con mínimas prestaciones de trabajo: los árboles del mango pueden ser atendidos durante todo un año por un solo empleado agrícola. De esta suerte, cada vez hubo menos trabajo en la agricultura para los *halpatis* locales. Los campesinos sin tierra se habían visto excluidos de los programas de reforma agraria de Nehru en la década de los cincuenta, so pretexto de que habrían de encontrar trabajo en las ciudades en proceso de industrialización. Sin embargo, la industria no pudo proporcionar empleos suficientes; el resultado fue una enorme oferta excedente de trabajo.

A este respecto, *The Poverty Regime in Village India* vuelve sobre una historia smithiana, en la que la atracción de las baratijas de las ciudades sedujo a los terratenientes para que racionalizaran la producción. Sin em-

bargo, Breman también supone que los campesinos sin tierra desempeñaron un cierto papel en su liberación de la esclavitud *halipratha*. Después de la independencia, los *halpatis* sin tierra se mostraron cada vez más reacios a subordinarse a sus señores, abandonando a uno para irse con otro sin pagar las deudas, o eligiendo la vida insegura del jornalero eventual frente a la vida segura pero degradante del sirviente agrícola. Desde el principio, Breman no se ha fiado demasiado de toda idealización de las relaciones de dominación personal precapitalistas, que en realidad eran degradantes y a menudo violentas. Pero, con el declive del sistema de trabajo servil, los campesinos sin tierra no sólo perdieron la seguridad de la renta, sino también una serie de derechos tradicionales, entre los que se encontraba el de espigar en las tierras del señor. Siguieron viviendo en la pobreza, pero ahora, una vez que su trabajo se convirtió en mercancía, se encontraron en una situación más insegura.

La obra de Breman es una referencia central para los debates actuales acerca del carácter del sector informal, que ha crecido hasta emplear a más del 90 por 100 de la fuerza de trabajo india. El término se acuñó a principio de los setenta para describir a una parte de la fuerza de trabajo urbana situada fuera del mercado de trabajo organizado dotado de estatutos de regulación. En un principio, el Banco Mundial sostuvo que esta fuerza de trabajo informal desaparecería automáticamente, al mismo ritmo que las tasas de crecimiento; los migrantes que llegaban a raudales desde el campo tan sólo necesitaban tiempo para aclimatarse a los ritmos del trabajo industrial. Entretanto, no había por qué preocuparse por los salarios extremadamente bajos, puesto que los trabajadores informales podían apoyarse en las redes tradicionales para mitigar su inseguridad. Sin embargo, a medida que el sector informal fue creciendo –impulsado en buena medida por la austeridad presupuestaria y los ajustes estructurales impuestos por el FMI y el propio Banco Mundial–, quedó claro que los trabajadores informales nunca iban a incorporarse a la relativa seguridad del empleo formal. El Banco Mundial declaró entonces que el problema era el propio sector formal –donde los sindicatos habían construido una base demasiado fuerte– y abogó por una flexibilización adicional. Así nació el mito del trabajador informal en tanto que empresario.

Mike Davis ha escrito una crítica exhaustiva de este mito en *Planeta de ciudades miseria\**, apoyándose en materiales de la obra de Breman. Según Breman, muchos de aquellos que pertenecen al sector informal, en realidad trabajan por cuenta propia. Pero quienes estén familiarizados con la economía política de un periodo anterior del capitalismo occidental reconocerán este trabajo por cuenta propia como lo que es: no empresariado, sino trabajo a destajo. Desde los talleres que sirven a su vez de vivienda, estos trabajadores no están vendiendo, en realidad, más que su fuerza de trabajo: son proletarios. El trabajo a destajo o por obra es una

---

\* Ed. cast.: Mike Davis, *Planeta de ciudades miseria*, Madrid, Foca, 2007.

forma disfrazada de dependencia salarial, que reduce tanto el riesgo directo del empleador como el poder de negociación del trabajador. Davis resume estos argumentos cuidadosamente en su propia obra. Sin embargo, centrándose en las ciudades miserias como lugar de residencia del nuevo proletariado informal, omite un aspecto importante de las recientes intervenciones de Breman. Cuando Breman volvió a Gujarat a finales de los setenta, estaba empezando a estabilizarse un nuevo régimen de trabajo. La economía rural estaba cada vez más dominada por ritmos de migración que vinculaban a unas aldeas con otras y con la economía urbana en crecimiento. Sin embargo, esta migración no era permanente sino más bien circulatoria, y no sólo o incluso predominantemente de un área rural a una urbana sino también entre áreas rurales.

Este modelo de migración había sido completamente ignorado por la investigación en aquel periodo, que tendía a asumir que, cuando las personas abandonaban la aldea, lo hacían para siempre. Los mismos estudios pasaban por alto la afluencia de trabajo en las áreas rurales. De hecho, los *halpatis* sin tierra locales abandonaron sus aldeas para trabajar en fábricas de ladrillos más al sur para volver a casa siete meses después. Los migrantes procedentes del interior profundo del sur de Gujarat e incluso de otros estados –Maharashtra en particular– llegaron a las mismas aldeas para colmar la demanda local de trabajo para marcharse después. Una interpretación puramente económica de esta migración resulta, en opinión de Breman, funestamente inadecuada. Asume que la migración es un efecto del desequilibrio entre oferta y demanda entre mercados de trabajo conectados: los trabajadores abandonan áreas de escasa demanda de trabajo por áreas de alta demanda, donde los salarios son mejores. Esto no puede ser cierto, porque ya hay trabajadores subempleados en las áreas de afluencia de trabajo. ¿Por qué los empleadores eligen a trabajadores migrantes cuando los campesinos sin tierra locales ya están disponibles y por el mismo precio? Esta cuestión orienta las investigaciones de Breman. Para responderla, *The Poverty Regime in Village India* se propone trazar las redes que vinculan las fuerzas de trabajo migrantes con sus lugares de trabajo, examinando en profundidad las experiencias cambiantes en otras dos aldeas: una, apodada Chikhligam, al este de Gandevigam, y otra cerca de Bardoli, en la fértil llanura central del sur de Gujarat.

Breman se muestra convencido de que la gran migración circular es una consecuencia antes que una causa del cambio en los patrones de empleo agrícola. Los migrantes empezaron a llegar a raudales a las aldeas y las ciudades del sur de Gujarat porque más en el interior, y no sólo en Gujarat, las relaciones laborales habían cambiado profundamente. Como sucediera en buena parte del Sur global, el crecimiento de la población pulverizó las existencias de tierra y sobrepasó la producción alimentaria, a la par que contribuyó a la destrucción ecológica: la deforestación y el uso abusivo de otros recursos condujeron a la erosión del suelo en áreas que ya padecían una baja fertilidad. Las acciones del Estado tuvieron también un profundo impacto: la presa de Ukai, que nutrió la Revolución verde en el sur de Gu-

jarat, expulsó a enormes cantidades de campesinos sin tierra y a los pobres con tierra que vivían río arriba, mientras que la construcción de carreteras asfaltadas permitió que los trabajadores desplazados se trasladaran a las ciudades y aldeas. Breman no subestima completamente la atracción de la vestimenta o incluso de los bienes de consumo básicos —señuelos de la modernidad— que fueron introduciéndose poco a poco en las aldeas como mercancías de segunda mano, compradas con créditos mínimos. Sin embargo, hay que preguntar de nuevo: una vez que los migrantes comenzaron a llegar, ¿por qué desbancaron a los trabajadores locales?

Cuando Breman planteó la pregunta a los empleadores, estos respondieron que los *halpatis* locales eran muy perezosos y no estaban particularmente dotados para trabajar en el campo, aunque los *halpatis* trabajaron en los campos durante años y supuestamente fueron elegidos para trabajar en las fábricas de ladrillos precisamente porque trabajaban duro. A falta de toda base económica razonable para esa elección, *The Poverty Regime in Village India* sugiere que los empleadores prefieren a los migrantes porque son más fáciles de controlar: no tienen que volver a su hogar, no tienen que preocuparse de asuntos familiares y carecen de una comunidad con la que contar; tienden a apartarse de los campesinos sin tierra locales y a menudo hablan una lengua diferente. La casta y los parientes siguen siendo bases activas de identificación, contrarrestando las alianzas de clase horizontales.

*The Poverty Regime in Village India* hace hincapié en que el sistema basado en la migración circulatoria no es ni caprichoso ni caótico. Los migrantes sin tierra no vagan por el campo o por las ciudades buscando trabajo. Por el contrario, se trata de un régimen de trabajo estable que, aunque de modo ineficiente, distribuye trabajo entre los campesinos sin tierra. En este proceso, resulta central el *mukadam* o intermediario, una figura rotundamente ignorada por los estudios institucionales. Los *mukadams* aparecen en las aldeas durante la estación lluviosa, cuando hay poco trabajo, y ofrecen a los campesinos sin tierra un adelanto sobre futuros salarios para ayudarles a salir del apuro. Luego, llegado el momento, los *mukadams* vuelven para reunir a los trabajadores y llevarlos a un lugar de trabajo. Sólo se lleva a los hombres y a sus mujeres, así como a algunos niños más mayores; jóvenes y viejos, salvo los niños aún sin destetar, se quedan en la aldea. Los migrantes se detienen en el camino, aceptando trabajos en diferentes aldeas, pero siguen una trayectoria definida. Una vez llegados al lugar de trabajo designado, el *mukadam* se convierte en un «jefe de cuadrilla». Interactúa con el empleador, dirige a los trabajadores, les da una ración escasa de grano mientras trabajan y les paga cuando han terminado. Por regla general, los *mukadams* proceden de las mismas aldeas, aunque no de las castas sin tierra. Tienen que saber leer y escribir, puesto que llevan las cuentas de cuánto debe y se debe a cada trabajador. Al final del trabajo, los migrantes reciben el saldo, si es que lo hay. Si un trabajador ha pedido prestada una suma considerable —por lo general para pagar una boda, puesto que los *mukadams* han arre-

batado ese rol a los terratenientes—, pueden pasar dos o tres temporadas antes de que el trabajador pague lo que debe.

La consolidación de este régimen de trabajo ha conducido a un nuevo debate entre los investigadores: ¿es esta «neoesclavitud» tan sólo una continuación del *halipratha*, una vuelta a una situación cuasi feudal, o es algo nuevo, una relación salarial capitalista? Breman se coloca rotundamente en el segundo campo. Apoyándose en su propio origen de clase trabajadora como soporte experiencial, Breman intenta ponderar la «conciencia proletaria» naciente de los trabajadores, que los separa de los *balis* de generaciones anteriores. El *halipratha* era un sistema de esclavitud por deudas afín al feudalismo occidental: ni contractualizado ni monetizado, era una forma de dominación personal. Los *balis* eran mantenidos bajo control mediante relaciones de deferencia, respaldadas por la violencia cotidiana de los señores sobre los sirvientes. Esto no significa que el maltrato desapareciera: Breman observa que la violencia de los hombres contra las mujeres sigue siendo un rasgo permanente de la vida cotidiana. En realidad, entre los migrantes la «doble jornada» es omnipresente. Pero ahora la agresión fluye en cierto modo en la dirección contraria, de los campesinos sin tierra a los brahmanes, en particular cuando los últimos intentaron restringir adicionalmente la libertad de los primeros. Estallaron revueltas cuando los hacendados comenzaron a contratar guardias privados para proteger sus cosechas frente a los robos. Tales episodios forman parte de un cambio de mayor envergadura, de carácter estructural, en las relaciones laborales.

A diferencia de cuanto sucedía bajo el *halipratha* —donde las relaciones comenzaban informalmente cuando el *bali* era empleado para continuar después durante toda su vida—, los contratos con los *mukadams* son temporales, puesto que sólo duran hasta la finalización de un trabajo o durante unos pocos años en los casos en los que se trata de devolver los gastos de una boda. Además, los *mukadams* no son empleadores, sino más bien intermediarios. La deferencia, aunque sigue siendo una expectativa, ya no se ofrece en la misma medida. Los campesinos sin tierra dan a sus hijos nombres que antes estaban reservados a las castas superiores, visten mejores ropas y compran bienes de consumo: los cigarrillos sustituyen a los *bidis*, etc. Asimismo, los campesinos sin tierra han llegado a aborrecer el trabajo en la agricultura. Si no tienen más remedio que aceptar trabajos agrícolas (cuando y allí donde están disponibles), los *balpatis* prefieren la libertad del trabajo eventual a la esclavitud del sirviente agrícola, aunque ello les cueste caro en términos de seguridad en el empleo. Para Breman, estas transformaciones tal vez menores son un barómetro de la proletarianización, que sigue a un cambio en la forma misma del trabajo: su mercantilización. Esto es indicado más arriba por el hecho de que los empleadores no se preocupan mucho de cómo sobreviven sus trabajadores cuando no tienen empleo. En realidad, según Breman, una de las razones principales por las cuales los brahmanes emplean a migrantes se debe a que de esa manera no tienen que enfrentarse a ese problema.

El nuevo régimen laboral en India se basa en una indistinción entre la fuerza de trabajo rural y la urbana, dentro de la denominación general de «cazadores y recolectores de salarios», tal como reza el título del libro de Breman publicado en 1994. Los *mukadams* reclutan a los campesinos sin tierra para cualquier tipo de trabajo manual en cualquier sitio. Breman ofrece una rica descripción de la situación de los peones:

Estos hombres, mujeres y niños trabajadores son requeridos unas veces en las ciudades y otras en el campo. A veces se los emplea en el paisaje oscuro y degradado entre estos dos extremos: junto a las autopistas y en las vías de ferrocarril, en enclaves agroindustriales, en hornos de producción de ladrillos, en canteras y salinas, agrupados en campamentos temporales que surgen donde los ríos están represados, donde la tierra es removida para hacer canales o enterrar tuberías, donde hay que hacer carreteras o construir puentes y viaductos, etc. Viven y trabajan en esos lugares mientras dura el trabajo. El resto del tiempo están confinados en asentamientos proliferantes parecidos a ciudades miserias en los márgenes de las aldeas, ocupando el terreno sin título legal alguno, esperando hasta que de nuevo les llegue la orden de marcharse.

Sin embargo, esto no resta importancia a la urbanización. Surat, por ejemplo, es una de las ciudades de crecimiento más rápido de la costa oeste de India. Pero las desigualdades de la vida rural acompañan a los campesinos sin tierra a las ciudades, donde los mejores empleos, incluso en el sector informal, quedan reservados para las castas superiores. Los *balpatis*, que carecen de una formación primaria, se ven relegados al trabajo urbano menos cualificado en la construcción, por ejemplo, o como «ayudantes» en las fábricas. Cuando el empleo en la construcción termina, los trabajadores sobrantes son sencillamente dispersados. Por supuesto, esto sucede sólo cuando los campesinos sin tierra logran llegar a las ciudades. Breman sostiene que se han visto en gran medida apartados de la tendencia a la urbanización. Los *balpatis* que en la actualidad viven en las ciudades migraron allí hace mucho tiempo, tal vez siguiendo a sus antiguos señores. El problema no es de transporte sino más bien la renta: toda vez que viven al día sin ahorros, no pueden estar sin trabajar buscando empleo. Tampoco pueden permitirse el establecimiento de una residencia permanente, ni siquiera en las ciudades miserias. Estas últimas no están abiertas a todos los que llegan; de hecho, están llenas de pequeños señores de las ciudades miserias, de mafiosos y de tratantes de basura de todos los tipos.

¿Cómo encuentran los pobres, pero no indigentes, un punto de apoyo en el medio urbano? El cuarto caso de estudio de Breman cubre una aldea sita a unos 105 kilómetros al sur de Surat, una zona de urbanización emplazada a la sombra de un complejo industrial construido junto a la línea de ferrocarril Bombay-Ahmedabad. Aquí descubre cómo los servicios de *mukadams* se ven suplementados por un sistema de recomendaciones informales. Los empresarios preguntan a los peones «fieles» —es decir, dóciles— si los miembros de sus familias o aldeas están buscando trabajo; tras

lo cual, aquellos que están disponibles son enviados desde el campo. El resultado es que, también aquí, los proletarios locales se ven apartados de las industrias, nutridas de una fuerza de trabajo migrante que tiende a autosegregarse, tanto en el trabajo como en las ciudades miseria, con arreglo a las relaciones de casta y de parentesco. Aunque mejor pagados en cierta medida, los trabajadores migrantes en los sectores de tallado de diamantes y de la seda artificial no gozan de mayor seguridad.

Aquí, el enorme excedente de trabajo sólo explica la mitad de la historia. Contra aquellos que afirman que hay un muro entre los sectores formal e informal, Breman sostiene que ambos están profundamente imbricados. En *Footloose Labour*, de 1996, describía memorablemente «el paisaje del trabajo» como un vasta llanura interrumpida por muchas colinas más grandes y más pequeñas:

Estas colinas son zonas de actividades industriales cuya cúspide está formada por lugares de trabajo relacionados con los criterios del sector de empleo formal o que incluso satisfacen completamente los mismos, mientras que desde las laderas se llevan a cabo tentativas de acceder a las posiciones seguras pero valladas [...]. Una movilidad y fluidez considerables prevalecen al pie de las colinas. Hay muchos candidatos para toda oportunidad que se presente. Aquellos que lo consiguen en primera instancia, se preocupan entonces de prolongar su empleo por un periodo indefinido con la esperanza de conseguir, finalmente, acceder al cuerpo privilegiado que goza de una ocupación permanente, con todas las ventajas que ello acarrea.

Breman sugiere que los sindicatos pueden mostrarse indiferentes hacia la situación apremiante de los trabajadores eventuales, que supuestamente serían demasiados como para ser organizados. En vez de ello, los sindicatos se dedican a llevar a cabo acciones de retaguardia para preservar la formalidad todavía existente, tornándose así en presas de una lógica que Marx describiera en *El capital*: enfrentando a los que trabajan con los que tienen empleos precarios se consigue que ambos pierdan.

A lo largo de *The Poverty Regime in Village India*, Breman reflexiona acerca de los cambios que se han producido desde sus anteriores periodos de trabajo de campo. En los años ochenta, creyó ver signos de progreso: la economía agrícola del sur de Gujarat estaba considerablemente estancada, pero el sector no agrícola estaba en expansión, ofreciendo nuevas oportunidades para los campesinos sin tierra. Sin embargo, el empleo alcanzó su pico a finales de la década de los ochenta, debido en parte a la realización de proyectos de infraestructura u otros de construcción, tanto públicos como privados. El espectro de la «expulsión absoluta» ronda el presente volumen: el trabajo se está volviendo cada vez más difícil de encontrar; el 75 por 100 de los *balpatis* viven por debajo del nivel de pobreza y gastan más de las tres cuartas partes de sus ingresos en alimentación. Hoy, sostiene Breman, esa indigencia aflige a los que tienen poca tierra tanto como a los campesinos sin tierra. En los años setenta, sugería

que los *dhodbia* –otra casta tribal, que poseen algo de tierra, pero no mucha– eran capaces de utilizar los ingresos procedentes de la migración para mejorar sus granjas o educar a sus hijos. Para ellos, la migración era sólo una necesidad temporal. Esto era un argumento contra la exclusión de los campesinos sin tierra de la reforma agraria: hasta un terreno muy pequeño podía contribuir a reducir la pobreza entre los pobres con un pedazo de tierra. Aquí admite que los *dhodbia* no eran una vanguardia, sino una excepción. Para el grueso de su casta, las tierras estaban fragmentadas en función de la herencia, en medio de un crecimiento cada vez mayor de la población. Ahora no están mejor que sus equivalentes *balpati*.

Otra de las tendencias que registra Breman es el derrumbe de los vínculos tradicionales, incluidos los que se dan en el seno de la familia. El medio de los campesinos sin tierra está lleno de hogares rotos, a menudo porque uno o ambos padres se aficionan demasiado a los vinos locales fabricados ilegalmente. En muchos casos, los miembros de la misma familia no saben dónde trabajan los demás o lo que ganan. Los varones jóvenes que se trasladan a las ciudades a menudo llegan solteros y sin compromiso, uniéndose a otros miembros de su aldea o región, pero también esos vínculos se vienen abajo. Los peones sin tierra a menudo cuentan a Breman que lo que necesitan son líderes. Proponen que tienen que ser organizados y observa que, cuando los trabajadores informales así lo hacen, como en el estado de Kerala, gobernado por los comunistas, han conseguido mejoras. Lo que es seguro es que los trabajadores informales no se muestran satisfechos ante su apremiante situación. Utilizan las armas de los débiles: roban, destruyen equipos, fingen ignorancia y trabajan lenta e indolentemente. Breman hace hincapié en su desafiante insistencia en «su derecho a vivir y trabajar con dignidad». Llega a la conclusión de que «nada demuestra su interiorización de la dependencia y la subordinación, o una dócil aceptación de la desposesión».

En aquellas ocasiones en las que los trabajadores se han levantado conjuntamente para ejercer presión en favor de sus intereses, el Estado indio –invocando una retórica gandhiana de resistencia al cambio impuesto por la fuerza– tiende a intervenir en su contra. El capítulo final de Breman contiene una versión marcadamente crítica del papel del Estado indio en la perpetuación del «régimen de la pobreza en las aldeas», observando que, cuando el primer ministro Singh «declaró públicamente que los días del *licence raj*\* habían terminado para siempre, tan sólo confirmaba que el trabajo barato seguiría siendo el pilar de la política económica». Breman expresa un profundo escepticismo hacia proyectos gubernamentales tales como la Ley Nacional de Garantía del Empleo Rural y la Ley de Se-

---

\* El *licence raj* o *permit raj* es el régimen regulador de la actividad económica en India que estuvo en vigor entre 1947 y 1990. Incluía una comisión de planificación y el lanzamiento de planes quinquenales. [N. del T.]

guridad Social de los Trabajadores del Sector No Organizado, ambas aprobadas en 2005. Esto se justifica no sólo por consideraciones prácticas –aunque caben, y, en este sentido, ha habido objeciones acerca de la localización geográfica y la factibilidad general de los proyectos– sino por razones más fundamentales:

Para terminar con la vulnerabilidad y la inseguridad, que son las consecuencias lógicas de la doctrina de la informalización, los intentos de crear un piso de bienestar mínimo tienen que apoyarse en disposiciones que son de naturaleza esencialmente formal. Tales iniciativas no tienen ninguna posibilidad de conseguir sus objetivos en un marco de política económica que continúa basándose firmemente en el trabajo barato.

Señalando el «enorme abismo existente entre la lógica de las propuestas y la política económica que se practica en India en la actualidad», Breman considera que «las perspectivas de un *New Deal* que atendiera a los trabajadores pobres de India son muy escasas».

Ahora bien, ¿podría ser que su situación empeorara aún más? Breman teme que la oposición contra los «enemigos internos» (musulmanes o de otro tipo) podría ser dirigida fácilmente contra los pobres en cuanto tales. Variantes del darwinismo social ya son comunes entre las elites: los pobres, dicen, son incapaces de mejorar su situación, ni siquiera con la ayuda estatal, y no son más que un lastre. Este odio creciente hacia los pobres se ha introducido en las estadísticas, fuente de las afirmaciones de que la pobreza en India está descendiendo. En el mismo Gujarat –bajo la mirada vigilante de Narendra Modi, jefe del gobierno desde 2001–, el informe oficial de desarrollo humano del propio estado en 2004 afirmaba que la tasa de pobreza había caído por debajo del 13 por 100; un milagro realizado omitiendo sin más los datos en casos de privación. Tal como observa Breman, aldeas como Gandevigam distribuyen tarjetas de «Por debajo de la línea de la pobreza» (DLP) a casi todos los hogares sin tierra.

Sin embargo, semejantes consideraciones ilusorias no sólo pretenden que los pobres desaparezcan, sino también asegurarse de que sigan haciendo su trabajo. Gujarat depende de sus estratos superexplotados para presentar altas tasas de crecimiento, publicitando su liviana legislación laboral en los medios de comunicación nacionales. Fue una sede de la transformación neoliberal desde 1980, y en su uso de la inversión pública encaminada a apoyar el desarrollo de industrias de alta tecnología conforme al modelo de Extremo Oriente se ve a sí mismo como un faro de lo que podría llegar a ser el país. Breman sugiere modestamente que sus hallazgos socavan las afirmaciones de los neoliberales de India, indicando hasta qué punto la mayor parte de la población de Gujarat no se ha visto afectada por su crecimiento. Pero, a decir verdad, su análisis llega mucho más lejos: otros estados de India no pueden emular el crecimiento desigual de Gujarat, toda vez que éste ha dependido en gran medida de su capacidad de obtener trabajo migrante procedente de estados más pobres

para conformar su fuerza de trabajo informal. Mientras tanto, los estados pobres se vuelven más pobres, a medida que desciende la inversión pública y los estados ricos, que poseen mejor infraestructura, atraen una buena parte de la creciente inversión privada. El crecimiento desigual del «modelo surasiático» se refuerza a sí mismo.

Desde finales de los años noventa, India ha venido apareciendo cada vez más, junto a China, como uno de los dos gigantes económicos del siglo XXI. Sin embargo, cabe sostener que India, con su palabrería acerca de «ahorrarse la revolución industrial», aparece como el modelo para el resto del mundo: el crecimiento se basará en parques industriales que proporcionen servicios de tecnologías de la información para un mercado global, mientras las manufacturas se estancan. Éste es un modelo de desarrollo que proporciona empleos sólo a aquellos que tienen una formación y, de estos últimos, sólo a unos pocos. Es un modelo en el que la población excedente en la agricultura ya no es un arma de desarrollo, sino más bien una masa que nunca encontrará empleo, superflua. La trayectoria de India se asemeja mucho más, antes que a la industria manufacturera china, basada en el empleo intensivo de mano de obra, a las del África subsahariana, América Latina, el Caribe, Oriente Próximo y el norte de África, donde el empleo manufacturero se ha estancado e incluso ha descendido. De esta suerte, ¿podrían representar las diferencias descarnadas que Breman describe el futuro del capitalismo? En 2003, escribía:

La lucha contra la pobreza parece haberse transformado en una lucha contra los pobres. Se alcanza un punto de no retorno cuando un ejército de reserva que espera incorporarse al proceso de trabajo se ve estigmatizado como una masa permanentemente expulsada del mercado de trabajo, un lastre excesivo que no puede ser incluido ahora o en el futuro en la economía y la sociedad. En mi opinión al menos, esta metamorfosis supone la crisis real del capitalismo mundial.

Él es uno de los pocos investigadores que lanza el grito de alarma ante esta otra crisis, que perpetra sus atrocidades por debajo del torbellino financiero de los titulares de hoy en día.